

PERIODISMO CUBANO

En los tiempos del cólera y el reggaeton

Juan Carlos Camaño

Del discurrir facilista que, a la distancia –geográfica e ideológica– no cesa de sugerir los cambios, se han regado de tinta las páginas del pasado reciente y del presente imperfecto, para que el periodismo cubano no pierda el tren de la historia. Para que se encarama a la modernidad y, con su crítica, alumbré con una única luz “lo bueno” de la Revolución y acabe, de un planazo, con “lo malo”. Esto último, un abuso de disociación esquizofrénica propio del guiso intelectualoide, alejado físicamente del campo de batalla y motorizado por el enamoramiento con la fraseología. Son palabras de intelectuales amigos que, inquietos en sus poltronas, alertan acerca de los peligros que corre la revolución si no profundiza la democracia obrera y socialista o se adentra –salvando los ideales– en los pliegues y repliegues de la democracia burguesa. Algo de marxismo a cal y canto o, en su defecto, lo que venga, pero con dignidad. Y, por si se necesita, una máxima de Lenin, aunque sacada de contexto y un tanto funcional al reggaeton, que es lo que suena ahora.

De un pertinaz ataque que, a imagen y semejanza de la escuela periodística estadounidense, renuevan, tercetos, los enemigos de la Revolución Cubana y de su periodismo, se trajinan, desde hace más de cincuenta años, las conciencias de legos y entendidos, procurando sepultar la Idea-Faro, emanada transfronteras de la Isla. Es éste el momento histórico de la globalización neoliberal, un paisaje ganado por el cólera que propagan los bárbaros, donde encuestólogos y opinólogos de variado pelaje se ufanan de sus saberes siempre sentenciosos e inexorablemente cortoplacistas; alimento de la babosa doctoralmente platicada entre enemigos y “amigos” de Cuba y de su periodismo. Coincidente, claro, con el llamamiento supuestamente desideologizado que truena contra censuras y autocensuras. Así nomás, como en el limbo o, en todo caso, en el paraíso: sin dominadores ni dominados, sin explotadores ni explotados. Sin invasores ni invadidos. Sin genocidas, ni desaparecidos. Y, además, en el colmo de los colmos, sin contradicciones en la construcción concreta. Como en el paraíso y a cara descubierta, se opina, se presiona y se propone.

De los enemigos es entendible su prédica y hasta sus acciones más criminales. De los “amigos”, después de tantos años de guerra abierta, encubierta, diplomática; después de sabotajes, atentados terroristas, bloqueos y persecuciones, también es entendible su comodidad de laboratorio. ¿O cómo podría denominarse a las histerias con las que se requiere apertura, libertad, democracia y autocrítica, a los cuatro vientos, para solaz esparcimiento del enemigo y de sus millones de fieles, devotos de la información-comunicación que inunda e infecta el paisaje aludido? Ahora que el enemigo cree haber dado de baja a Fidel y discute si Raúl incursiona o no por la economía de mercado, cual China o Vietnam, no faltan especulaciones sobre

el papel a jugar por la vanguardia periodística cubana, “algo cansada de la rutina y decidida a quitarse la modorra”. Más o menos así dicho se ha llegado a aludir, con supina ignorancia, un futuro próximo donde colegas de inquebrantable compromiso revolucionario se abandonarían a las mieles del ejercicio profesional reivindicativo de “las dos campanas”. Y de la “objetividad”. Exagerada subestimación a la inteligencia, digamos, y mucho más conociendo a nuestros colegas del periodismo cubano.

La información que mueve los mercados bursátiles y la comunicación con lentejuelas, que disimula lo que no es más que un colosal aparato de prensa y propaganda neoliberal, ya no se estanca, interiormente, en pretender saber –y resolver– sobre censuras y autocensuras. En los tiempos del cólera neoliberal, el mecano hace que el pistón suba y baje, baje y suba, y así hasta el infinito, para obtener la máxima rentabilidad. De eso se trata, salvo raras excepciones. De eso y de luchas de resistencia de muchos trabajadores de la prensa. Ninguna ciencia oculta. Se trata de la expansión de una idea bajo el imperio de un sistema de producción informativa-comunicacional dependiente del disco rígido de la concentración del capital transnacional. El aparato de prensa y propaganda del imperialismo funciona a pleno. Y en cuanto a Cuba, su Revolución, su periodismo y su futuro, la maquinaria no sólo funciona a pleno, sino también en doble turno.

Que el periodismo cubano puede y debe ser mejor, lo saben más que nadie los propios cubanos y, entre éstos, la gran mayoría de los periodistas revolucionarios. De la misma manera que nosotros –los que vivimos donde se cuece el capitalismo y su cólera– sabemos qué es eso del periodismo “independiente”, de la nota a pedido, de la inimputabilidad de los avisos publicitarios, de la injusta distribución de la riqueza y del predominio de la concepción mafiosa al timón de las economías formales e informales. Porque si de cólera se trata, nosotros podríamos escribir muchas páginas. Y aunque menos, también del reggaeton. En la convocatoria a su VIII Congreso, la Unión de Periodistas de Cuba, UPEC, fija un norte: “Conocer, Reflexionar, Informar” y destaca que “Reflexionar significa inspirarse en Fidel...” A nadie escapa que el enemigo –EE. UU.– permanece al acecho reinventando, a través de su poderosa tecnología –entre ella la bélica– las más variadas manipulaciones mediáticas y campañas de mentiras, en el intento de lanzar sobre la Revolución Cubana una agresión armada. La gran mayoría de los periodistas cubanos no ignoran qué es lo que está en disputa, por encima, muy por encima, de su propia profesión.

“El hombre lo que necesitó siempre fue una gran causa. Nunca habrá hombre grande sin causa grande... Nuestros periodistas tienen hoy una gran causa, la tienen bien definida y la comprenden perfectamente bien”. (Fidel Castro. Discurso de clausura del VIII Congreso de la FELAP, La Habana, 12 de noviembre de 1999). ☐

Juan Carlos Camaño. Periodista argentino. Es Presidente de la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP).